

ALTHUSSER

1918-2018



SIGLO
XXI
ESPAÑA

- «¡Finalmente la crisis del marxismo ha estallado», fragmento extraído de *Marx dentro de sus límites*, Madrid, Akal, pp. 19-24.
 © Editions Stock, 1995
 © Ediciones Akal, S. A., 2003
 para todos los países de habla hispana
- «Nota previa» y comienzo de «Teoría y práctica política», fragmento extraído de *Maquiavelo y nosotros*, Madrid, Akal, pp. 43-51.
 © Editions Stock, 1994
 © Ediciones Akal, S. A., 2004
 para todos los países de habla hispana
- «La filosofía como arma de la revolución. Respuesta a ocho preguntas», fragmento extraído de *La soledad de Maquiavelo*, Madrid, Akal, pp. 153-167.
 © Presses Universitaires de France, 1998
 © Ediciones Akal, S. A., 2008
 para lengua española
- «El Estado y sus aparatos», fragmento extraído de *Sobre la reproducción*, Madrid, Akal, pp. 107-130.
 © Presses Universitaires de France, 2011
 © Ediciones Akal, S. A., 2015
 para lengua española
- «El asno de Groucha» y «¿Todos pueden filosofar?», fragmentos extraídos de *Ser marxista en filosofía*, Madrid, Akal, pp. 29-35 y 195-200.
 © Presses Universitaires de France, 2015
 © Ediciones Akal, S. A., 2017
 para lengua española
- «Una solución: salir de la fortaleza», fragmento extraído de *Lo que no puede durar en el Partido Comunista Francés*, Madrid, Siglo XXI de España, pp. 83-92.
 © Librairie François Maspero, 1978
 © Siglo XXI de España Editores, S. A., 1978, 2018
 para lengua española
- «Los Aparatos Ideológicos del Estado», fragmento extraído de *Iniciación a la filosofía para los no filósofos*, Madrid, Siglo XXI de España, pp. 157-175.
 © Presses Universitaires de France, 2014
 © Siglo XXI de España Editores, S. A., 2016
 para España

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

www.sigloxxieditores.com

Presentación

Althusser, 1918-2018

El 16 de octubre de 1918 nació en Argelia, en el seno de una familia católica de origen alsaciano, el gran filósofo Louis Althusser. Tras finalizar sus estudios primarios en Argel y la secundaria en Marsella, la vida condujo a Althusser hasta París, donde estudió Filosofía en la École Normale Supérieure, –institución en la que, finalmente, fue profesor–. Marcado durante su infancia por el cristianismo, atravesado en su juventud por el marxismo y el psicoanálisis, sería un activo militante y un referente intelectual del Partido Comunista Francés. Alcanzando su apogeo en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo pasado, se propuso dos claros objetivos: por un lado, mostrar que dentro de cada uno de los miembros que integran la clase obrera había un filósofo; por otro, que había que rescatar a Marx de los marxismos. De este modo, buscó cambiar el panorama político, luchando por que cada militante fuera portador y defensor de una actitud crítica, por que cada obrero fuera capaz de hacer de la crisis de los marxismos el comienzo de una experiencia emancipadora y genuinamente marxista, por que cada trabajador convirtiera las feroces críticas a la izquierda en una fortaleza. Pocos días después de cumplir los 72 años y tras unos años aciagos, el 22 de octubre de 1990 Louis Althusser falleció en París.

Este año, centenario de su nacimiento, desde el Grupo Editorial Akal queremos celebrar la filosofía y el compromiso político

de Althusser compartiendo con vosotros algunos fragmentos de sus obras que pertenecen a nuestro catálogo y que muestran su práctica nueva de la filosofía y su modo transformador de analizar el mundo que el autor nos legó.

Equipo del Grupo Editorial Akal, 2018

El asno de Groucha

Todo se dio muy naturalmente. De todos modos, es necesario que os ponga al corriente. Había una gran casa fresca rodeada de un vasto jardín al que sus moradores salían al caer la noche. El viento hablaba en un susurro y el agua en las fuentes gorjeaba. Era verano, los amigos filósofos, es decir todo el mundo, los conocidos y los otros, venían con la luna, atraídos por el olor de los hombres y el deseo de una conversación, y del follaje brotaba la frescura. Sobre las mesas abandonadas, había frutas y postres de las arenas del desierto, que crujen entre los dientes. Llegaban uno tras otro, unos con otros o solos, los que aún estaban vivos con los muertos, pero sin que se supiera nunca quién estaba vivo y quién muerto. De Sócrates, no había manera de saber por la sonoridad de su risa si ya había bebido su cicuta, y del pequeño Menón, temblando bajo el agua de la verdad, si había encontrado sus dos ángulos rectos, o Descartes su glándula pineal, Kant, Copérnico, tampoco podía saberse si Marx ya había volteado a Hegel o aún no (¡semejante masa!), ni si Bergson había diseñado su cono de la memoria ni si Wittgenstein había llegado a la conclusión de que cuando ya no hay nada que decir, solo queda callar. Todos ellos estaban ahí, sin edad ni tiempo, sin historia, sin que uno supiera si su porvenir estaba o no tras ellos y su pasado delante, si lo llevaban sobre la parte posterior del cuello como un saco de higos o, delante, sobre una fuente para sostener los pechos y la conciencia. Como buenos filósofos que son, habitan la eternidad del concepto, la filosofía, que es «eterna», y están hasta tal punto habitados por ella que pier-

den todo sentido del pasado y del futuro, es decir, como tan bien lo ha explicado (san) Agustín, del presente. ¡De ahí esa fraternidad de la mezcla de épocas, que los hacía a todos contemporáneos! ¡El gran desorden de los tiempos en el desorden de las ideas! Y la familiaridad de los pensamientos era tan grande que con frecuencia sucedía que hablara o se callara uno en lugar de otro. Hasta se conocían al dedillo la sorpresa de los demás. Puesto que todo había sido hecho y dicho ya, todo estaba siempre por rehacerse y volver a decirse, pues nada es nunca tan joven como un viejo pensamiento, ni tan viejo como un pensamiento joven. La eternidad. Evidentemente, había escasez de mujeres. Aristóteles, que siempre tenía la «naturaleza» en el bolsillo, explicaba que la naturaleza las hizo poco aptas para filosofar. De todas maneras, habían invitado a algunas, de toda índole, a pesar de los gruñidos de Kant y sin esperar el Movimiento de Liberación Femenina. La cosa marchaba a buen ritmo. En el cielo, las estrellas callaban.

Y, poco a poco, alentados por el curso de las frases intercambiadas, los allí presentes se dijeron: pero, en el fondo, ¿por qué no componer entre nosotros una especie de gigantesco intercambio improvisado de ideas sobre la filosofía de los vivos y de los muertos? Cada uno diría lo que tuviera en la cabeza y, a pesar de todas las posiciones y de todas las oposiciones conocidas, por lo menos la propuesta ofrecía un giro interesante y, ¿quién sabe si al remover toda esa retórica de la verdad no encontrarían algo inédito para sacudirla? Esta idea también surgió de la manera más simple y, como todos creían sostener la mejor posición, todos dijeron que sí, hasta Kant, que proclamaba ante los demás que la filosofía es un campo de batalla y guardaba para sí su plan de paz perpetua, ganando así en los dos frentes.

Así fue pues como se inició la cosa. Arrancando a toda máquina, la primera noche, un Extranjero tomó desprevenido a todo el mundo para exclamar en voz alta: «¡Pido la palabra!». Cada uno miró a su vecino en silencio. Aparentemente, eso no estaba previsto. Y como el hombre insistía con vehemencia y los demás se callaban, atónitos –aparte de Kant, que le dijo a su vecino: «Pero... de todos modos ¡no estamos en el Club

de los Jacobinos!»—, como insistía repitiendo su solicitud en voz cada vez más alta, se oyó la voz calma de Sócrates saliendo de entre sus barbas: «Pero, amigo mío, no tienes necesidad de pedir la palabra puesto que ya la has tomado (silencio). Reflexiona más bien sobre lo extraña que es esa palabra, tan diferente de todas las piezas de caza y de todos los poderes del mundo, que basta con pedirla para haberla tomado. Y, ¿quién de nosotros la posee para poder dártela?». Y ahí estaba Sócrates disertando sobre la palabra, a golpecitos de preguntas, como es su costumbre: que si uno la tiene, si uno la cede, si uno la toma, si uno la sostiene, si uno la pierde, si la palabra es del mismo linaje que la voz, la voz que el lenguaje, etcétera. Y he aquí al Extranjero, cogido en la trampa, que respondía, con su pregunta escamoteada en sus respuestas y, naturalmente, todo fue llegando: la verdad y el error, la verdad y la mentira y la promesa y la traición, donde Kant, como era de esperar, encontró el medio de deslizarse un bocadillo sobre «el derecho a mentir». Sócrates es un hombre inclinado a enredarnos en reflexiones insignificantes: basta que abra la boca para que el otro la cierre y piense, o hable y se libere de la verdad. A eso se lo llama *diálogo*. Manera de hablar que consiste en hablar en el lugar de los otros como si ellos tuvieran la palabra. Resultado: el Extranjero se calló. Pero el grupo se salvó raspando de reflexionar sin un presidente de sesión.

También hubo una gran sesión sobre lo Uno, en la que Parménides (todo el mundo conocía sus historias, pero como era muy viejo y desvariaba un poco, se le permitió que repitiera sus embustes) estuvo de primera, pero se extendió la sensación de que Spinoza, Hegel, Marx y Freud no salieron bien parados, sin mencionar a ese impostor de Hume. Pero había demasiado respeto en el aire y esa vieja historia de parricidio en la que estuvo implicado Platón (para llegar a ser filósofo hay que matar al propio padre en filosofía: pero, ¿lo consigue uno alguna vez? ¡Mi madre!), de modo que la situación derivó más bien hacia la conmemoración. Hasta en filosofía a veces también hace falta saber callar.

En cambio, sobre el esclavo, Aristóteles y Platón casi llegaron a las manos en una vigorosa discusión tendiente a saber si

el esclavo posee una razón o está «por naturaleza» desprovisto de ella y solo es un animal dotado de palabra. Aristóteles, que reconocía que en ciertos casos, vaya, el asunto es discutible, había arrinconado a Platón –para quien eso no se discute– sobre el *Menón*: entonces, a tu joven y bello esclavo le has dado sin embargo abundante razón, ¿no? ¡Se diría que es Euclides! Y, aprovechando su ventaja, Aristóteles había terminado naturalmente hablando del tiempo futuro cuando ya no hagan falta esclavos, pues «las lanzaderas marcharán solas». Y, con la mirada, buscó a Marx seguro del efecto producido, pero Marx no estaba allí esa noche; una vez más, una reunión: ¡Esa bendita Internacional! Y lejos: ¡Londres!

Hubo también una extraordinaria sesión para encandilar los espíritus cuando el reverendo padre Malebranche, que creía no haber hablado nunca en su vida de la existencia de Dios, de su gloria y de la gracia, es decir, de todo, se oyó decir, por boca de Mercier de la Rivière y de sus amigos fisiócratas, que él no eran en modo alguno un teólogo, sino su mentor espiritual en economía política, por haberse atrevido a decir que el mundo estaba regido por leyes y que esas leyes eran las más generales y las más simples, las más «económicas» en suma, las más «rentables», pues había llevado la reflexión económica hasta demostrar que Dios, como todo propietario, se había conseguido el mejor granjero, el mejor intendente para administrar el mundo: san Miguel. El reverendo padre no sabía cómo reaccionar a ese homenaje que probaba, como debía decirlo más o menos con estas palabras Jaurès, «que un poco de religión aleja del mundo profano, pero que mucha religión puede acercarnos a él». El reverendo padre Malebranche estaba un tanto desconcertado. ¡Un hombre que quería apostar cara y había apostado cruz! Salió de allí tembloroso de dudas sobre la naturaleza de su filosofía, sobre todo después de que intervinieran Marx y Weber, preguntándose qué puede ser la filosofía para contaminarlo todo así, incluso la religión, a espaldas de quienes la confeccionan «para mayor gloria de Dios». Esa sesión hizo soplar un viento extraño sobre los espíritus: como si los presentes descubrieran que pueden existir relaciones invertidas entre la filosofía y la religión y, detrás de

esos vínculos, realidades indispensables para la filosofía, pero *no filosóficas*, como la economía política. Como si descubrieran, al mismo tiempo, que puede haber acontecimientos en la filosofía, aunque esta sea «eterna». Silencio. En el cielo, las estrellas callaban.

Creo que fue un poco más tarde cuando las palabras subieron de tono, una noche en que Wolff se encaró con Kant para decirle: «Me has cubierto de elogios, a mí y a todos los demás, pero fue para poder aplastarnos mejor con tu pretensión». «¿Yo –dijo Kant–, el hombre más pacífico que ha dado la tierra, el hombre de todos los hombres que solo ha hablado bien del hombre?» «¿Cómo? –insistió Wolff–, ¿no has escrito tú que éramos todos metafísicos y que éramos todos filósofos y, por eso mismo, como lobos para el hombre, en guerra perpetua unos contra otros? Tú nos tratas como si fuéramos perros que se desgarran en un patio y el colmo de todo es que mezclas la filosofía con esas rencillas accidentales escribiendo negro sobre blanco que la filosofía no es sino un campo de batalla.»

«Es muy justo –intervino Lenin–, todos los filósofos están en guerra. Y detrás de la lucha filosófica, está la lucha de clases.»

«Haya o no lucha de clases –dijo Wolff–, a este señor (y señalaba a Kant con el dedo) que nos trata como a perros rabiosos, se le ha metido sencillamente en la cabeza que él, y solo él, posee el secreto de la paz perpetua, no solamente en política, sino también ¡en filosofía! Ya lo verán cuando publique sus opúsculos. El señor lleva para sí la mejor parte: la guerra es para los demás, pero la paz es para él y, cuando él haya hablado, ¡silencio en las filas! Como si él mismo no estuvieran desatando, con su spinozismo disfrazado, la peor de las guerras posibles: la del ateísmo. Por lo demás, eso no ha tardado, Fichte, Schelling, Hegel nos han mostrado ¡lo que valía su paz filosófica!»

Wolff estaba fuera de sí y el rumor iba elevándose en el grupo. Como Lenin era quien lo había apoyado, finalmente fue el que recibió los golpes: «tú escribiste que los filósofos eran sirvientes de la burguesía». Aquello era bastante serio pues, entre Wolff y Kant, a fin de cuentas, era todavía una cuestión de

moral, pero, con Lenin, se trataba de política. Y cuando las clases sociales aparecen en el horizonte de la memoria o del olvido, las pasiones se desatan. Pero, contrariamente a lo que se pensaba en aquel momento, Lenin no estaba solo en su campo. Se vio entonces al gran Maquiavelo, a quien la historia había cubierto de injurias por haber dicho la verdad, defender al hombrecillo lanzando a quien quisiera recogerlo el reto de probar que el poder reposa en algún otro lugar que no sea la lucha de clases. Salió Hobbes a explicar que todo el mundo lo había detestado por haber intentado presentar en el *Leviatán* la teoría de la dictadura de la burguesía. Seguidamente, se oyó a Spinoza explicar cómo los peces se comen unos a otros, empezando por los más grandes, y cómo los hombres, esos peces de pasiones tristes, son tan peces como los otros. Y Spinoza, que sabía algunas cosas más allá de Maquiavelo y Hobbes, dijo simplemente: «Pero, ¿no habéis notado nunca que siempre son los mismos que odian a los mismos y que, hasta en filosofía, son siempre los mismos quienes comienzan y que lo que habla en ese odio es la política, la política de los poderosos y los ricos?». También dejó oír su voz Rousseau, otro mal querido, quien evocó el origen de la sociedad y el contrato de impostura que los ricos hicieron suscribir a los pobres para arrancarles su sumisión... «y, ¿qué hacen los filósofos? Son los sacerdotes del poder». Hegel mismo abandonó su silencio para recordar –y dio, por supuesto, la referencia, en los *Principios de la filosofía del derecho*, muy citado, ¿lo conocéis?– que de un lado hay una inmensa acumulación de riqueza y, del otro, de miseria.

Tal vez la partida no estuviera ganada, pero todos ellos tuvieron que volver a hacer silencio. Y, para sorpresa general, se oyó a Lenin.

«Con gusto les contaré una historia –dijo Lenin–, una historia insignificante, una historia de campesinos rusos. Debéis representarnos que los hechos se desarrollan en la estepa negra, en una aldea pequeña como todas las demás donde los miserables viven en las isbas. Es la larga noche de invierno y todos duermen. Todos menos Anton, el anciano, que se ha despertado sobresaltado por los golpes redoblados de alguien que

llama a la puerta de su isba. La aurora se elevaba apenas de las brumas de la noche. Anton maldijo con todo el vocabulario que le vino a la cabeza por tener que levantarse de la cama y terminó por abrirle a ese joven retrasado de Groucha que parecía fuera de sí: "¡Ven a ver! Pero, ¡ven a ver!". Y se negaba a decir qué. Anton finalmente lo siguió por los caminos nevados hasta su campo, donde se erguía el árbol más bello de la región, un roble gigantesco de donde colgaban a los ladrones. "¡Mira lo que me han hecho!", gemía el joven. Anton miró. Y vio el roble, una rienda larga y en el extremo un asno apacible que esperaba en el frío lo que puede esperar un asno escarchado. "¡Ah, malditos! ¡Han atado mi roble a un asno! ¡Y no consigo desatar mi roble!..." Con calma, Anton se acercó al árbol y desató al asno. "Imbécil, no era complicado, ¿no? No era tu roble lo que había que desatar, sino al asno"».

Todos buscaron vanamente qué había querido decir Lenin.

«Me ha gustado esta historia», dijo el Extranjero. Y después de reflexionar un instante, dijo: «Me parece que a veces, para resolver un problema, hay que saber cambiar los términos, ¿no? ¿No es lo que hacen Lenin y todos los que han hablado por él? Yo soy Extranjero, de modo que puedo deciros: vosotros tenéis extrañas convenciones en vuestra filosofía occidental que me resultan chocantes y que vosotros tomáis como se presentan. Ellos cambian los términos del problema...».

«Imbécil», musitó Sócrates.

En resumidas cuentas, la cosa iba más o menos así. Uno no sabía nunca hacia dónde iba, pero siempre iba a alguna parte o a ninguna. Lo que le hacía decir a Dietzgen que la filosofía es «el camino de los caminos que no llevan a ninguna parte». Eso no falla. Todo el mundo miraba entonces a Heidegger, que se decía campesino pero no estaba contento. «Vosotros no me habéis comprendido bien» y se embarcaba en explicaciones muy difíciles de seguir, que retomaba interminablemente hasta que uno sintiera que tenía algo importante que decir sobre la filosofía como destino de la razón «occidental». Los más irritantes eran esos que se retiraban antes de que terminara la discusión, justamente en esos instantes, como suspendidos, en los que uno podía sentir claramente que la cues-

ción no estaba aún resuelta, pero que los participantes estaban muy cerca, en zona «caliente». Es el momento, ahora o nunca, de quedarse en el lugar. O, desgracia de Dios, en esos momentos, la mayoría de los religiosos encontraban la manera de escaparse para ir a hacer sus oraciones, los políticos para asistir a una reunión, Kant encontraba el modo de huir por la tangente para satisfacer no se sabía muy bien qué necesidad de la razón y Hegel comenzaba a tener tics en el mentón, que estaban indicando con toda evidencia que tenía cosas muy importantes que decir, pero siempre era porque tenía que irse, pues «*Frau Hegel* lo esperaba en casa».

¿Qué hacer sin todos ellos? Hubo pues que proceder de otro modo.

Al comienzo, se había convenido levantar un acta de todas las sesiones al final de cada una y para ello se había contratado a un buen secretario que debía tomar notas. Al final, se le entregaría la totalidad de los registros al editor Maspero para que se encargara de publicarlos. Imposible. Con todos los que se escurrían (no he citado más que algunos ejemplos convenientes, pues no olvidemos que un filósofo también es un ser humano), hacía falta otro procedimiento, seguramente menos analítico, pero ¿qué quiere usted? Se perdería ese matiz de desorden, pero al menos tendríamos un texto.

Se acordó pues suprimir todos los aspectos más vivaces de los debates, lamentablemente, todas las intervenciones personales, el circuito hablado, la provocación, lo imprevisto, todos los personajes del Jardín (como el acceso era libre, eran innumerables, conocidos y desconocidos), para confiar al Secretario la tarea de idear una especie de resumen de lo dicho, con la condición de que uniera los puntos dispersos y restaurara una unidad tácita que no traicionara demasiado el proyecto inicial de intercambio desordenado.

Ya verán: probablemente quede algo en el giro intempestivo de un discurso que a menudo trata a la filosofía como su propio mito. Una manera de tomarla con la mayor seriedad posible: su necesidad.

«¿Todos pueden filosofar?»^[1]

Durante la primavera de 1957, Éditions Julliard publica Pourquoi des philosophes? (¿Por qué [debe haber] filósofos?) de Jean-François Revel, un panfleto cuya tesis fundamental es la de que la filosofía, transcurrido ya su momento, no tiene otro destino que borrarse ante las ciencias y el psicoanálisis, a los cuales corresponde ahora desempeñar el papel que la filosofía cumplía mal o bien hasta el advenimiento de estas disciplinas. Revel aporta como prueba la aflictiva pobreza, oculta bajo la máscara de preciosismo y oscurantismo, del pensamiento filosófico –o el que se toma por tal– de Heidegger, Lacan, Lévi-Strauss, Merleau-Ponty, Sartre y otros nombres ilustres. Su libelo provoca algunas turbulencias. Lacan, cuyo «mallarmeísmo de los suburbios» proporciona al autor un blanco predilecto, habría pisoteado (literalmente) Pourquoi des philosophes? en pleno seminario. Merleau-Ponty aprovecha una entrevista concedida a Madeleine Chapsal en febrero de 1958 para fustigar el libro casi con tanta elegancia como Lacan («este libro recuerda las exposiciones estalinianas de la mejor época»). Sartre, en una conferencia que probablemente nunca pronunció, la emprende contra un filisteo «no filósofo», que habría llegado a la conclusión de que «los filósofos solo sirven para ser echados a los perros». Y Lévi-Strauss, en Antropología estructural, adopta la actitud de un maestro de escuela para explicar a lo largo de una página por qué «el señor Revel debería abstenerse de discutirme»^[2].

Althusser enfoca el libro de Revel con otra mirada. «Este género de impertinencias me encanta», escribe a una amiga en 1957. No hay duda de que el «caimán» de la rue d'Ulm tenía inclinación por tales provocaciones. Más aún, Revel era en aquella época un amigo con quien Althusser proyectaba publicar una colección de ensayos críticos. Pero el libro de Revel que, como reconocía Althusser en esa misma carta, «no era muy bueno», le interesaba por una razón de fondo: compartía con él, a su manera, la inspiración antifilosófica.

Exactamente, ¿de qué manera? Que el lector lo juzgue. El 8 de octubre de 1957, en el marco de una serie de conferencias debate conducidas por Jacques Nantet, «Cercle ouvert», se desarrolló en París, en el n.º 44 de la rue de Rennes, un debate en torno a Pourquoi des philosophes? En ese debate, titulado «¿Todos pueden filosofar?», participaron François Châtelet, Maurice de Gandillac, Lucien Goldmann, Robert Misrahi y Jean Wahl. La intervención de Althusser en la discusión que siguió al debate –un «triumfo», según escribe en una carta al día siguiente– aparece dos meses más tarde en la revista Cercle ouvert. La reproducimos aquí en su totalidad.

Me pregunto si el tema, tal como se ha planteado, merecía un examen tan prolongado. ¿Todos podemos filosofar? Creo que Misrahi está en lo cierto cuando dice que, sea cual fuere la definición que uno proponga de la filosofía, es evidente que se puede filosofar sin tener una preparación. Es tan difícil aprender a filosofar como aprender a andar. Creo sin embargo que, en las exposiciones que acabamos de escuchar, se han podido discernir unos cuantos problemas importantes que han sido abordados.

El primer problema es el de lenguaje de la filosofía o de lo que se ha podido llamar, siguiendo a Marx, la «jerga filosófica». Es un problema importante, pero también un problema pantalla y, relativamente, un falso problema. En efecto, uno siempre cree mostrar que la filosofía tiene derecho a poseer un lenguaje técnico. El problema es saber si la filosofía tiene derecho a considerarse una disciplina especializada. En consecuencia, no me parece que ese problema de la jerga filosófica pueda considerarse en sí mismo y creo, por el contrario, que debe remitirse inmediatamente a lo que constituye su justificación, su legitimación, vale decir, el derecho de la filosofía a existir como tal. Ese es el problema fundamental que parece surgir de este debate.

Más allá de todas las reservas que puedan tenerse –y esta noche he oído muchas que yo mismo podría suscribir– sobre el libro de Revel, en el fondo comprendo la inspiración esen-